

1848 —«primavera de los pueblos»...—. La chispa que el 24 de febrero saltó en París ha comunicado el fuego a Europa. Viena, Praga, Berlín, Munich, Milán son sacudidas por el movimiento. Se derrumban tronos, se improvisan constituciones en el entusiasmo. Por todas partes resuenan las mismas consignas: libertad política, soberanía popular, independencia internacional: «Santa alianza de los pueblos contra los tiranos...».

Pero bastarán algunos meses para que la realidad disipe brutalmente las ilusiones. Bien pronto estos pueblos que levantan en apariencia un mismo ideal de libertad y de fraternidad humana, se alzan unos contra otros: húngaros contra austriacos, croatas contra húngaros, alemanes contra checos. Los gobiernos, estremecidos un instante por el choque revolucionario, encuentran en estas rivalidades ocasión de reafirmarse. Sobre las ruinas de las entrevistas libertades, el «orden» se restablece rápidamente, incluso allí donde la revolución ha parecido triunfar. En Francia se llega a un paradójico resultado: el establecimiento de un régimen autoritario en manos del sobrino de Napoleón I, y la resurrección del Imperio.

Del gran entusiasmo de 1848 nada sobrevive; tan sólo, en apariencia, una dura y fecunda lección. Lo que el entusiasmo cándido de los pueblos no ha podido lograr se alcanzaba, en parte, por la acción *realista* de algunos hombres empleando medios de fuerza. A los utopistas del 48 suceden los «positivistas» de la generación siguiente. 1848 es, en el campo político y social, lo mismo que en el literario, el paso del romanticismo al realismo; constituye a la vez una conclusión y un preludio.

• • •

Tres elementos se combinan, en proporciones variables según los países, para constituir el «espíritu del 48»: deseo de libertades políticas, aspiraciones nacionales, reivindicaciones sociales. Los dos primeros dominan casi exclusivamente en Europa Central y Meridional, mientras que en el Oeste del Continente, sobre todo en Francia y en Inglaterra, países los más afectados por la «revolución industrial», la cuestión social desempeña un papel esencial.

En Alemania, en el Imperio austríaco, en la península italiana, 1848 representa la reacción contra el orden europeo —político y territorial— establecido por los aliados en 1815 sobre las ruinas de la dominación napoleónica. Por una paradoja que no es sino aparente, los ejércitos y las administraciones imperiales, mientras subyugaban a Europa, han contribuido a difundir en ella los principios de libertad y de igualdad política heredadas de la revolución francesa, de la que el régimen napoleónico rehusaba el beneficio a la misma Francia. El restablecimiento del absolutismo y del «antiguo régimen» en la mayor parte de los Estados liberados por el derrumbamiento del Imperio francés ha hecho nacer una oposición política, generalmente limitada a los círculos burgueses e intelectuales, pero cuya continuidad y fuerza quedan atestiguadas por las tentativas revolucionarias que en 1818-1819 y en 1830-1832 conmueven la Confederación germánica e italiana. En la misma España el espíritu de las Cortes de Cádiz, alzadas contra Napoleón, pero imbuídas de liberalismo, anima la revolución de los años 1820-1823 contra el absolutismo de Fernando VII.

Pero al carácter universal de estas aspiraciones políticas se opone —sin que todavía se tenga conciencia de esta oposición— el particularismo del sentimiento nacional o, más exactamente, del *sentimiento de la nacionalidad*, que se exalta en la mayor parte de los países de la Europa Central. Singular fortuna la del término *nacionalidad*, término desconocido de la lengua clásica (no comienza a ser empleado en Francia sino hacia 1825), pero que va a constituir uno de los factores esenciales de las transformaciones contemporáneas de Europa. Ejemplo único de «resurgir histórico», ya que bajo este vocablo nuevo se reintroducen en la Europa del siglo XIX las reper-

cusiones de las grandes invasiones que entre los siglos IV y IX habían modificado su población hasta el punto que un historiador contemporáneo, F. Lot, ha podido presentar una historia de las grandes invasiones como una «introducción» a la comprensión de los tratados de paz de 1918-1919.

El hecho significativo de este fenómeno no es la exaltación del sentimiento nacional en los países que en el pasado tuvieron una existencia histórica independiente que les ha proporcionado recuerdos y un ideal comunes. Lo que hay de nuevo y de característico es la confusión que se establece entre las aspiraciones de un pueblo y sus orígenes étnicos y que lleva a admitir que la comunidad de sangre y de lengua implica necesariamente un derecho a la existencia nacional independiente. Grupos humanos cuyo destino histórico no se había separado jamás del de pueblos vecinos, como ocurre con los croatas o los eslovacos, reivindican el derecho a constituir un Estado; los rumanos *descubren* por vez primera, después de quince siglos, que son los descendientes de los colonos establecidos por el emperador Trajano en Dacia. A la defensa de los «derechos históricos» sucede la reivindicación de los derechos de la raza; los húngaros, que durante dos siglos han defendido contra Viena los privilegios de la Corona de San Esteban, oponen ahora su particularismo «magiar» al germanismo de los austríacos. Afinidades raciales hasta entonces inadvertidas intervienen para crear vínculos nuevos entre los pueblos que hasta entonces se habían sentido extraños; los eslavos, establecidos desde el siglo VI en la península de los Balcanes, y que lo mismo la Naturaleza que la Historia habían dividido en grupos aislados, adquieren conciencia de un parentesco expresado por el término, también nuevo, de «yugoslavo».

La intrusión en la Historia del problema de las nacionalidades presenta un carácter tanto más sorprendente cuanto que se realiza más repentinamente. En algunas décadas, lo que no era sino una débil corriente se convierte en un río imponente al que es imposible poner dique. Desde fines del siglo XVIII se puede encontrar en ciertas tendencias del prerromanticismo alemán —exaltación de las tradiciones populares, interés consagrado al «folklore» como la más auténtica expre-

sión del alma del pueblo— el anuncio lejano del culto de la nación como entidad a la vez física y moral. Pero es la gran conmoción del período revolucionario e imperial la que da un sentido político a tendencias que permanecían hasta entonces en el plano intelectual y sentimental. Al proclamar el principio de la soberanía nacional, al oponer el derecho de la nación al del soberano, la Revolución francesa ha destacado la nación como una realidad sustancial permanente independiente de la forma variable que le imponen regímenes políticos transitorios y hasta cierto punto accidentales. La extensión del dominio imperial a la mayor parte de Europa no hizo tampoco aquí más que completar la obra de la revolución, ayudando a realizar ciertas aspiraciones nacionales por la simplificación del mapa político de Alemania, la unificación casi total de Italia en el aspecto jurídico, la resurrección parcial de Polonia. Poco importa que, salvo en este último país, estas transformaciones, llevadas a cabo por un soberano extranjero, hayan suscitado la resistencia de los pueblos. Estas mismas resistencias se apoyaron en el sentimiento nacional y contribuyeron a darle una mayor conciencia de sí mismo: es «a la nación alemana» a la que Fichte, desde Berlín, convoca a la lucha; es con la esperanza de crear una Italia libre y unificada como los carbonarios se oponen a la dominación francesa. Y en el *Memorial de Santa Elena*, la Biblia dada por Napoleón al patriotismo francés, presintiendo que la nacionalidad sería una de las religiones del porvenir, tiene cuidado de hacer de ella a *posteriori* uno de los principios que han guiado su política: «Había treinta millones de franceses, dieciséis millones de españoles, quince millones de alemanes. Yo hubiese querido hacer de cada uno de estos pueblos una nación unificada».

Durante el cuarto del siglo que sigue al derrumbamiento del Imperio napoleónico las aspiraciones nacionales, decepcionadas por la reconstrucción de Europa efectuada en el Congreso de Viena, se alimentan y se avivan por obra de los historiadores, filólogos y escritores que en cada país resucitan y exaltan el pasado nacional y restituyen a idiomas que habían descendido a la categoría de dialectos campesinos —el croata, el húngaro e incluso el checo— la dignidad de lenguas cultas.

Este «derecho a la existencia», devuelto a las lenguas menospreciadas —hasta el 1848 se habla latín en la Dieta de Budapest—, trae un poderoso refuerzo al sentimiento de la nacionalidad al proporcionar un mismo medio de expresión a las poblaciones rurales y a las de las ciudades, a las clases populares y a la aristocracia.

Francia, que había realizado desde hacía mucho tiempo su unidad y fundido en un todo armonioso los diferentes sedimentos humanos dejados por la Historia sobre su territorio, no es afectada directamente por este despertarse de las nacionalidades, pero constituye la «caja de resonancia» de todas esas aspiraciones, porque ha contribuido a despertarlas medio siglo antes y, al mismo tiempo, porque sirve de tierra de asilo a todos los proscritos —alemanes, irlandeses, polacos, húngaros— que esperan de ella la «liberación» de sus países. Constituye un hecho de considerable significado histórico la creación en el Collège de France, en 1840, de una «Cátedra de literatura eslava». A la voz mesiánica de Mickiewicz, encargado de la nueva enseñanza, responde en una cátedra vecina la de Michelet, que proclamará, algunos años más tarde, en *Le Peuple* (1846), su fe en el futuro de las naciones. Toda la opinión francesa, influida por el «Evangelio de Santa Elena», acoge favorablemente las reivindicaciones de los pueblos oprimidos; pero es, sobre todo, en los ambientes republicanos donde la idea de una «cruzada de los pueblos», conducida por Francia, encuentra entusiastas adeptos: «La revolución, declara Godefroy Cavaignac en 1830, es nuestra patria, realizando esta misión de liberación que le ha sido confiada por la Providencia de los pueblos».

* * *

Liberación de los pueblos, pero también liberación de los hombres. Si Francia muestra su simpatía a las naciones oprimidas, otro problema se le plantea de manera más inmediata y con una agudeza creciente: el problema social bajo la nueva forma que le dan el desarrollo del maquinismo y el nacimiento de la gran industria de tipo capitalista. La evolución

de la condición de los obreros demuestra que la obra de liberación humana emprendida por la Revolución francesa ha sido incompleta, y que la «libertad del trabajo» proclamada por la Asamblea constituyente y ratificada por el Código de Napoleón no es más que señuelo que prepara una nueva esclavitud al obrero: la que resulta de la competencia de la máquina y del libre juego de la oferta y de la demanda, que conducen a una merma progresiva de los salarios y a una agravación de las condiciones materiales de existencia. Las numerosas encuestas llevadas a cabo bajo la Monarquía de Julio en los centros industriales revelan a la opinión las condiciones lamentables y a veces trágicas en que viven los obreros de la gran industria naciente. Algunas voces generosas se elevan para atraer la atención de los poderes públicos hacia el problema y el peligro que constituyen «esas poblaciones inmensas reunidas sobre un solo punto, sobre un trabajo único». «Nos lo disimulamos inútilmente, declara Lamartine a la Cámara de los Diputados, lo apartamos en vano de nuestros pensamientos: la cuestión de los proletarios es la que producirá la explosión más terrible en la sociedad actual, si la sociedad, si los gobiernos, rehusan estudiarla y resolverla.» Pero los gobiernos para quienes la libertad económica constituye un dogma intangible permanecen sordos a estas advertencias proféticas. Y, sin embargo, de todos los lados se ofrecen planes de reforma social que tienen todos como objetivo el de sustituir a «la explotación del hombre por el hombre», la colaboración fraternal de todos y el poner fin al escándalo que constituye la agrada-ción de la suerte de las clases laboriosas cuando las nuevas técnicas permiten incrementar la cantidad de productos puestos al servicio de los hombres. Después de Saint Simon y de Fourier, que mezclan al penetrante análisis de las nuevas condiciones económicas y sociales planes quiméricos de reconstrucción de la sociedad, los hombres de 1840 —particularmente Considérant, Cabet, Louis Blanc— tratan de dar soluciones de apariencia práctica al problema de la «organización del trabajo».

Todos estos socialismos anteriores a 1848 —cualquiera que sea el sistema propuesto— se parecen en un cierto número de rasgos comunes: son idealistas, optimistas, sentimentales, re-

ligiosos. Confían en la naturaleza humana, en la generosidad fundamental del hombre; no admiten que ciertos abusos puedan persistir una vez que hayan sido denunciados y que se hayan propuesto remedios para ponerles fin. «El porvenir es nuestro» —dice Saint Simon, moribundo, a sus discípulos—, y estas palabras revelan la gran cantidad de ilusión del socialismo de la primera mitad del siglo XIX. El amor a la humanidad rebosa del corazón de estos reformadores sin odio, pues todos, incluso los no creyentes, proponen a Cristo como modelo. Al *Nouveau christianisme* de Saint Simon responde el *Vrai christianisme* de Cabet, y Louis Blanc se pregunta «¿qué es el socialismo?», para responder: «es el Evangelio en acción...». A su vez, el catolicismo se impregna más y más de preocupaciones sociales con Lammenais y Ozanam. El romanticismo literario, después de haber sido, a principios de siglo, tradicionalista y conservador, se abre a las inquietudes del tiempo. Los prefacios de Hugo, las novelas de Jorge Sand o de Eugenio Sué, lo mismo que los discursos de Lamartine, expresan bajo formas diversas esta inquietud, compensada por una confianza sin límites en el porvenir. La idea de que «la organización del trabajo» puede en breve plazo asegurar a todos la felicidad en la fraternidad universal, penetra todas las clases de la nación: «Estábamos ébrios de libertad, de igualdad y de fraternidad», dirá más tarde uno de los hombres que conocieron la embriaguez y las desilusiones de 1848; «soñábamos con la felicidad y la justicia para todos. El porvenir era nuestro...».

* * *

Tales son las esperanzas y las ilusiones que van a chocar en 1848 con la dura prueba de los hechos. Sin embargo, es en el entusiasmo donde nacen los regímenes nuevos. Los hombres, ¿no van a entrar fraternalmente unidos en esta tierra prometida que se les ha señalado tan próxima? En todas partes, o casi todas —en Francia, en Alemania, en Austria—, el sufragio universal da por vez primera a las masas populares la posibilidad de determinar por sí mismas su destino y de me-

jorar su suerte. ¿Cómo no habían de usar de él para asegurar su dicha confundida con la de toda la humanidad? En Francia, el Clero bendijo los «árboles de la Libertad» plantados en las plazas públicas, mientras que los obreros, generosa y cándidamente, ponen «tres meses de miseria» al servicio de la República. ¡Tres meses al cabo de los cuales no deberá ya haber ni miseria ni injusticia social; tres meses que deben bastar para crear sobre la tierra el reinado de la fraternidad! Ante el Palacio Municipal de París, sede del Gobierno provisional, se apretujan las delegaciones de los diferentes gremios que vienen a pedir la inmediata mejora de su suerte; otros cortejos traen, en medio de las aclaraciones de la multitud, a los representantes de las nacionalidades oprimidas —polacos, irlandeses, italianos, húngaros— que solicitan el apoyo de Francia para asegurar la liberación de sus patrias, y la majestuosa elocuencia de Lamartine se las ve y desea para disipar manifestaciones a veces amenazadoras.

Pero pronto llega el reflujó, y no serán precisos ni siquiera tres meses para que se disipe el sueño de fraternidad de los hombres y de los pueblos. En París, la parodia de «organización del trabajo» realizada en los «Ateliers nationaux» conduce a la insurrección de junio, ahogada en sangre. El obrero se siente en lo sucesivo extraño a esta República que ha decepcionado sus esperanzas, mientras que la burguesía y los campesinos, amedrentados por las manifestaciones populares, se arrojan en brazos del hombre cuyo programa significa gloria en el exterior, pero también autoridad y orden en el interior: Luis Napoleón Bonaparte.

También en Europa la revolución lleva al principio una marcha triunfante. Metternich, cuyo nombre encarnaba el *status quo* europeo, tiene que huir de Viena dejando el puesto a un gobierno democrático. El Emperador de Austria debe ceder al par a las reivindicaciones políticas de los austríacos y a las reivindicaciones nacionales de los húngaros que reclaman la autonomía. En Italia, las tropas austríacas se ven precisadas a evacuar el Milanesado, que vota con entusiasmo su anexión al Piamonte. De todas las partes de Italia, incluso de los Estados pontificios, los voluntarios se apresuran a tomar parte en

la guerra de liberación y de unificación. En la Confederación germánica los príncipes, amenazados por el motín, dejan al Parlamento de Francfort, elegido por sufragio universal, establecer las bases de la futura Alemania.

Pero la «Santa alianza de los pueblos» será todavía menos duradera que lo había sido la de los soberanos. Bien pronto las reivindicaciones de las diversas «nacionalidades» se oponen abiertamente. El Parlamento de Francfort, que pretende establecer la unidad de Alemania en nombre del derecho de la nacionalidad, niega a los checos el beneficio de tal derecho, y felicita al general Windischgraezz, que, bajo la amenaza del bombardeo, ha obligado a Praga a someterse. Los húngaros, que han obtenido del gobierno de Viena el reconocimiento de su autonomía, rehusan conceder una autonomía semejante a los rumanos y a los croatas. En Italia los contingentes napolitanos abandonan el ejército piemontés, que sucumbe en Custoza. Se advierte con demasiada claridad que el principio de las nacionalidades, del que se había creído hacer un fermento de regeneración europea, está puesto al servicio de los egoísmos y antagonismos políticos y nacionales. Sólo les faltará a los soberanos, utilizando hábilmente estas rivalidades, restablecer su autoridad, vacilante un momento.

* * *

La lección ha sido dura. El prestigio de las generosas ideas se ha empañado al soplo de la realidad. Pero si algunos desesperan —«Yo no escribiré ya más *El pueblo*» lamenta Michelet— otros sabrán sacar de ello la conclusión. No es posible volverse atrás, borrar estos dos problemas a los que los hombres del 48 han intentado, en vano, dar una solución: la cuestión social y la cuestión de las nacionalidades. Estas constituirán desde ahora los dos grandes factores de la evolución interior y de las relaciones exteriores de los grandes Estados europeos. Pero la experiencia ha enseñado que los métodos democráticos y el llamamiento a la generosidad de los hombres no bastan para resolverlas. Es con un espíritu nuevo como hombres po-

líticos y teóricos tratarán de hacerlo en adelante. El romanticismo ha muerto en política y en historia lo mismo que en literatura. El realismo ha venido a ocupar su lugar. Se niega a arrullarse con ilusiones generosas. A la generación de Michelet sucede la de Taine y Renan, y Zola no siente más que una piedad despectiva por la «chochez humanitaria» de Hugo y de sus émulos...

En el dominio social se ha acabado el socialismo generoso y utópico de Saint Simon, de Fourier y de Louis Blanc. En 1848 —como para mejor señalar el corte entre las dos edades—, Marx y Engels publican el *Manifiesto comunista* que inspirará a los partidos socialistas de la segunda mitad de siglo. El «materialismo histórico» de Marx se opone al idealismo socialista de la generación de 1848; la «lucha de clases» sustituye al sentimiento de la justicia y de la fraternidad humana como motor de la evolución social futura.

En la esfera nacional, algunas de las aspiraciones de los hombres del 48 encontrarán una solución positiva en el medio siglo siguiente, pero al precio del sacrificio de otras aspiraciones. Bastará una veintena de años para que se realicen la unidad de Italia y la de Alemania, pero es «por el hierro y por el fuego» como Bismarck reunirá, bajo la hegemonía prusiana, a los diversos Estados alemanes, y es con un método tan realista, pero menos brutal, como Cavour sentará las bases de la unificación de la península italiana. En el Imperio austríaco se encuentra una solución provisional del problema de las nacionalidades en el sacrificio deliberado de algunas de ellas: austriacos y magiarses se reparten los demás grupos étnicos colocados bajo el yugo de Viena o de Budapest: «Guardad vuestras hordas; nosotros guardaremos las nuestras...». El principio de las nacionalidades, en el que se había querido ver el fundamento de una reorganización armoniosa de Europa, se convierte, en manos de ciertos países, en un medio de dominación y de imperialismo. Cada vez más —y las experiencias del comienzo del siglo XX no han hecho sino confirmarlo— se revela el equívoco que encierra este término de nacionalidad. Para el idealismo de 1848 la nacionalidad era un hecho de orden moral, una aspiración.

Ahora bien: es la concepción «materialista» de la nacionalidad —confundida con la raza— la que tiende a prevalecer y la que sirve para justificar la reunión de grupos humanos separados incluso si tal reunión debe ser obra de la fuerza. Desde 1848 el Parlamento de Francfort responde a las felicitaciones del Gobierno provisional francés reclamando Alsacia y Lorena, que Bismarck anexionará veinte años más tarde contra la protesta unánime de los habitantes en nombre de la comunidad de raza. Todas las tesis ulteriores del pangermanismo se alimentarán en esta concepción.

Bien muerto está, pues, el espíritu de 1848. Todo lo que constituía su grandeza: sed de justicia, confianza en el hombre, generosidad, se ha consumido en la hoguera de la realidad. Pero si el éxito no es la única medida de la grandeza de una idea, subsistirá como gloria del «cuarenta y ocho» el haber creído —generosa y cándidamente— que la virtud de los sentimientos más nobles era suficiente para transformar el mundo.

MARCEL DEFOURNEAUX